

LIBRO DECIMOCTAVO.

CAPÍTULO PRIMERO.

LOS AMANTES DE LA CALLE MACÓN.

Hemos dicho el efecto que produjo en el interior del salón la sentencia de M. Sarranti.

No fué menor el efecto que produjo en el exterior. Apenas pronunció el presidente estas palabras « pena de muerte, » un prolongado gemido, un inmenso grito de espanto, lanzado á la vez por tres mil pechos, resonó hasta en la plaza del Chatelet, como si la campana que antes de la revolución existía en la torre cuadrada del reloj hubiera hecho coro con la de Saint-Germain-l'Auxerrois, en la noche del 24 de Agosto de 1792, para dar la señal de la matanza de una nueva San Bartolomé.

Toda aquella muchedumbre se retiró triste y silenciosa, deslizándose lenta y lúgubrementemente, con el corazón encogido y agobiado bajo el peso de la terrible sentencia que acababa de pronunciarse.

El que, ignorante de lo que pasaba, hubiera visto aquella

multitud tan consternada; el que hubiera asistido á aquel desfile silencioso, á aquella muda deserción, no hubiera hallado otro motivo á aquella sombría retirada que alguna catástrofe extraordinaria como la erupción de un volcán, los desastres de una peste ó los primeros rumores de una guerra civil.

Pero el que habiendo asistido toda la noche á aquellos terribles debates; el que, en aquel inmenso salón, á la temblorosa luz de las lámparas y bujías, palideciendo á los primeros rayos del nuevo día; el que habiendo oido pronunciar la mortal sentencia y habiendo visto desaparecer aquella amenazadora muchedumbre, se hubiera hallado de pronto transportado al nido encantador que habitaban Fresolina y Salvador, hubiera sentido una impresión dulce y agradable, una impresión semejante á la que debe causar el aire puro y fresco de una mañana de Mayo al calavera que ha pasado la noche en una orgía.

Hubiera visto aquel comedor, cuyas cuatro paredes representaban muros interiores de Pompeya: á Salvador y Fresolina sentados uno enfrente de otro ante una mesa, sobre la cual había un servicio de té de porcelana de deslumbrante blancura, ya que no de un gran precio.

Á la primera mirada hubiera conocido en ellos dos enamorados, ó más bien dos amantes, ó mejor todavía dos criaturas que se aman.

Pero á menos de alguna ligera incomodidad habida entre ellos, lo que parecía imposible por el modo con que la encantadora joven miraba á Salvador, se hubiera comprendido, por el aire preocupado de éste, que alguna grave y melancólica meditación vagaba sobre el corazón y la inteligencia de ambos.

Y en efecto, el pálido rostro de Fresolina que parecía

una flor de primavera abriéndose al sol de Abril, tenía, á pesar de la casta y tierna mirada que fijaba en su amante, el sello de tan profunda emoción, que casi se asemejaba al dolor, en tanto que al lado suyo Salvador parecía ser presa de tan gran pesar, que ni aun pensaba en consolar á la joven.

Y sin embargo esta tristeza era natural en ambos.

Salvador, ausente toda la noche, había vuelto hacia media hora y contado á la joven, con todos sus sombríos detalles, las aventuras de aquella noche; y la aparición de Camilo de Rozán en los salones de Mad. de Marande, el desmayo de Carmelita y la sentencia de Mr. Sarranti.

Más de una vez el corazón de Fresolina se había estremecido al escuchar aquel fúnebre relato, cuyos detalles eran casi tan tristes en los dorados salones del banquero como en el sombrío del tribunal de Assises. Si, en efecto, el cuerpo de Mr. Sarranti había sido condenado á muerte por el presidente del tribunal; el corazón de Carmelita había sido condenado á la misma pena por la muerte de Colombán.

Y con la cabeza baja la joven pensaba, meditaba.

Y él meditaba y pensaba por su parte, con la cabeza apoyada entre sus manos.

Porque se abría un inmenso horizonte ante él.

Recordaba aquella noche en que había saltado con Rolando las paredes del castillo de Viry.

Recordaba aquella carrera del perro á través de los prados y del bosque, que había ido á terminar al pie de una encina.

Recordaba en fin el encarnizamiento con que el perro había arañado la tierra, y la terrible impresión que había sentido cuando las yemas de sus crispados dedos tocaron los sedosos cabellos del niño.

¿Qué relaciones podía tener este cadáver enterrado al pie de una encina con el asunto de Mr. Sarranti?

En vez de ser esto una prueba favorable, ¿no podía convertirse en una prueba contraria para él?

Además, ¿no era esto perder á Mina?

¡Oh! ¡si Dios se dignara hacer descender un rayo de su divina luz al cerebro de Salvador!

Tal vez por Rosa de Noel...

Pero la nerviosa niña... ¿No hubiera sido matarla volverla á aquel sangriento capitulo de su infancia?

Además, ¿qué misión había recibido él para querer penetrar en aquellos tenebrosos abismos?

Y sin embargo, ¿no había tomado el nombre de Salvador, y no parecía ponerle Dios en la mano el hilo, con ayuda del cual podía penetrar y hallar salida en aquel laberinto de crímenes?

¿Iría á buscar á Domingo?

¿No debía á aquel sacerdote su vida?

Pondría á disposición suya todas aquellas semiluces que lo deslumbrarían como relámpagos.

Adoptada esta resolución, se levantó para llevarla á cabo inmediatamente, cuando se oyó el sonido de la campanilla.

Rolando, que acostado junto á su amo había levantado lentamente su inteligente cabeza, se enderezó sobre sus patas al oír el sonido de la campanilla.

— ¿Quién será, Rolando? preguntó Salvador. ¿Es un amigo?

El perro escuchó á su amo, y como si le hubiera comprendido, fué lentamente á la puerta moviendo la cola, que es un signo infalible de simpatía.

Salvador sonrió, y fué á abrir la puerta.

Domingo, pálido, triste y grave, apareció en el umbral. Salvador lanzó un grito de alegría.

— Seáis bien venido á mi pobre morada, dijo ; pensaba ir á buscaros á vuestra casa.

— Gracias, dijo el sacerdote, ya veis que os he ahorrado la fatiga del camino.

Fresolina, al ver á aquel hermoso monje, á quien sólo una vez había encontrado junto al lecho de Carmelita, se levantó.

Domingo iba á hablar, pero Salvador hizo un gesto de súplica para que, en vez de hacerlo, el monje le escuchase.

Domingo quedó pues con los labios entreabiertos, y escuchó.

— Fresolina, dijo Salvador, querida de mi corazón, ven aquí.

Fresolina se acercó apoyando su brazo en el de su amante.

— Fresolina, continuó Salvador, si crees que mi vida, desde hace siete años, ha sido de alguna utilidad á los hombres ; si crees que he hecho algún bien en la tierra, arrodíllate ante ese mártir, besa el bajo de su hábito, porque á él es á quien hace siete años debo el no ser un cadáver.

— ¡ Oh padre mio ! murmuró Fresolina cayendo de rodillas.

Domingo la tendió la mano.

Alzad, hija mia, la dijo, y dad sólo gracias á Dios : únicamente él es quien da y quita la vida.

— Entonces, dijo Fresolina, ¿ este sacerdote es el monje Domingo, que predicaba en Saint-Roch, el día en que quisiste suicidarte ?

— Llevaba en mi bolsillo la pistola cargada ; era firme mi resolución ; una hora más, hubiera dejado de existir. La palabra de este sacerdote me detuvo al borde del abismo. He vivido.

— ¿ Y dais gracias á Dios por haber vivido ?

— ¡ Oh ! con toda mi alma, dijo Salvador mirando á Fresolina. Hé aquí por qué os he dicho, que fuera lo que quiera lo que deseais, por más imposible que os pareciera esa cosa, á cualquiera hora del día ó de la noche, antes de ir á llamar á ninguna otra puerta, vinieseis á llamar á la mía.

— Y ya veis que he venido.

— ¿ Qué queréis que haga ? Mandad.

— ¿ Creéis á mi padre inocente ?

— Os juro por mi alma que estoy convencido de ello, y tal vez pueda yo ayudaros á encontrar la prueba de su inocencia.

— Yo la tengo, respondió el monje.

— ¿ Esperáis salvarlo ?

— Estoy seguro de ello.

— ¿ Tenéis necesidad de mi brazo, ó de mi inteligencia ?

— Nadie puede ayudarme más que yo mismo en la prosecución de mi obra.

— ¿ Que venis entonces á pedirme ?

— Una cosa que me parece imposible el que pueda llegar á obtener por vuestra mediación.

— Decidla.

— Es preciso que hoy mismo, mañana á más tardar, obtenga una audiencia del rey : ya veis que esto, al menos para vos, es imposible.

Salvador se volvió sonriendo hacia Fresolina.

— Paloma, dijo, sal del arca, y no vuelvas sin el ramo de oliva.

Fresolina, sin responder, pasó á la inmediata habitación, se puso un sombrero con velo, echó sobre sus espaldas un pañuelo inglés, volvió á entrar, presentó su frente á besar á Salvador, y marchó.

— Sentaos, padre mío, dijo el joven. Dentro de una hora, tendréis vuestra audiencia para hoy ó para mañana á más tardar.

El sacerdote se sentó mirando á Salvador, más bien que admirado, estupefacto.

— Pero ¿quién sois vos, preguntó á Salvador, que bajo tan humilde apariencia disponéis de tan gran poder?

— Padre mío, respondió Salvador, soy como vos, debo marchar solo por la vía que me he trazado; pero si un día cuento á alguien mi vida, estad seguro, y os lo prometo desde ahora, que ese alguien seréis vos.

CAPÍTULO II.

EL INVERNADERO DE REGINA.

El taller, ó mejor dicho el invernadero de Regina presentaba, á la misma hora en que Domingo entraba en casa de Salvador, es decir, á las diez de la mañana, el gracioso espectáculo de tres jóvenes agrupadas en un sofá, con una niña acostada á sus pies.

Estas tres jóvenes las conocen ya nuestros lectores.

Eran, la condesa Rappt, Mad. de Marande y Carmelita.

La niña era Abeja.

Inquieta por saber cómo Carmelita habría pasado la noche, y levantada desde muy temprano, Regina había enviado á preguntar por su Anita noticias de Carmelita, con encargo de traerse á ésta en un carruaje, si se sentía en disposición de pasar la mañana con ella.

Carmelita poseía la más indomable de todas las fuerzas, la voluntad. Así fué que, tomando sólo el tiempo necesario para envolverse en un chal, subió al carruaje y marchó á casa de Regina.

Tenia que dar gracias á Regina por todos sus cuidados y atenciones de la vispera. Esta era la primera necesidad de su alma.

La fatiga ó el cansancio de su cuerpo venían detrás.

Hé aquí lo que había sucedido.

Cuando Mr. de Marande había dejado hacia las siete de la mañana el cuarto de su mujer, ésta había tratado aunque inútilmente de dormir.

La cosa había sido imposible.

Á las ocho se había levantado. Se bañó é hizo pedir permiso á Mr. de Marande para ir á saber de Carmelita.

Mr. de Marande, que por su parte tampoco había dormido y estaba ya trabajando, había llamado, y por toda respuesta había mandado al cochero que enganchara y se pusiera á las órdenes de la señora por toda la mañana.

Á las diez Mad. de Marande había subido al carruaje, dando orden al cochero de que tocara en la calle Tournón.

Llegó justamente en el momento en que Carmelita acababa de marchar. Pero por casualidad la doncella sabía adónde había ido su señora.

El cochero recibió orden de llevar á su dueña al boulevard de los Inválidos, casa de la condesa Rappt.

Mad. de Marande llegó diez minutos después que Carmelita.

Carmelita había encontrado á la pequeña Abeja de rodillas sobre un taburete, delante de Regina, haciéndose contar por ésta, como verdadera coqueta, todos los detalles de la fiesta de la vispera.

En el momento en que Regina contaba á la niña el desmayo de Carmelita, que explicaba por el calor que había en los salones, Carmelita entró y la niña se echó á su cuello abrazándola y preguntándola tierna y cariñosamente por su salud.

Dos razones había tenido Regina para enviar á casa de Carmelita: la primera, para saber de su salud, y si venía ella misma á dárselas, para decirle que aquella misma noche había gran fiesta en el ministerio de Negocios Extranjeros y darla esquila de convite.

La joven podía, según su gusto, ir á esta fiesta como artista, ó como simple convidada, cantar ó no cantar.

Carmelita aceptó la invitación á nombre de artista: había pasado la vispera por una prueba tan ruda, pero al mismo tiempo tan saludable, que nada tenía ya que temer.

Ningún público, ni aun el del ministerio, era ya temible, por más ajeno del arte que estuviera; ningún personaje podía causarle más espanto que el horrible espectro que se la había aparecido.

Quedó pues convenido que Carmelita iría á este baile como artista, presentada y patrocinada por Regina.

Aquí estaban cuando entró Mad. de Marande.

Su presencia arrancó un grito de alegría á las dos ami-

gas y á la pequeña Abeja, que quería mucho á Mad. de Marande.

— ¡Ay! hé aquí la hada Turquesa, exclamó Abeja.

Mad. de Marande tenía las más bellas turquesas de París, y por esto la llamaba así Abeja, como llamaba la hada Caridad á su hermana á consecuencia de su aventura con Rosa de Noel; como llamaba á Carmelita la hada Alondra, á causa de su admirable voz; y á Fresolina la hada Preciosa, á causa de su delicado talle y de su gracioso cuello.

Cuando estaban reunidas las cuatro jóvenes, Abeja decía que el reino de las hadas estaba completo.

Este día debía estarlo: porque apenas había entrado Mad. de Marande, había cambiado un beso con cada una de sus amigas, y había tomado asiento, cuando se abrió la puerta y anunciaron á Fresolina.

Las tres jóvenes se lanzaron al encuentro de su cuarta amiga, única á quien veían menos á menudo y á quien abrazaron cada cual á su vez, en tanto que Abeja, impaciente de tener parte en las caricias que hacían á Fresolina, gritaba saltando alrededor del grupo:

— ¡Y yo, y yo?... no me quieres ya, hada Preciosa?

Fresolina se volvió hacia Abeja, la levantó con sus dos manos como pudiera hacerlo con un pájaro, y cubrió de besos la cara de la niña.

— Gracias á Dios que te dejas ver, dijeron á la vez Regina y Mad. de Marande, en tanto que Carmelita, á quien Fresolina había acompañado constantemente durante su enfermedad y convalecencia, no pudiendo hacerle semejante reproche, se contentaba con tenderla su mano.

— Es verdad, hermanas mías: vosotras sois las princezas y yo la pobre Cenicienta: preciso es que me quede en casa.

— ¡ Ah! dijo Abeja, no como la Cenicienta, sino como Trilby.

La niña acababa de leer el deliciosísimo cuento de Carlos Nodier, que lleva este título.

— Á no ser en las grandes ocasiones, continuó Fresolina, ó á menos de algún grave suceso. Entonces me atrevo á venir á preguntaros, hermanas mías, si me amáis siempre.

Un triple abrazo respondió á esta pregunta.

— Grandes ocasiones, graves sucesos, repitió Regina; en efecto, tu linda cara está triste.

— ¿ Te ha sucedido algo malo? preguntó Mad. de Marandé.

— ¿ Ó le ha sucedido á él? preguntó Carmelita, que comprendía que las mayores desgracias no suelen ser siempre las que nos suceden á nosotros mismos.

— Gracias á Dios, no, exclamó Fresolina; ni á él ni á mí; pero sí á un amigo.

— ¿ A qué amigo? preguntó Regina.

— Al abad Domingo.

— ¡ Ah! es verdad, exclamó Carmelita; su padre...

— Ha sido sentenciado.

— ¿ Á muerte?

— Á muerte.

Las jóvenes lanzaron un grito.

Domingo era el amigo de Colombán; Domingo era pues su amigo.

— ¿ Qué se puede hacer por él? preguntó Carmelita.

— ¿ Es preciso pedir el perdón de Mr. Sarranti? dijo Regina; mi padre está bastante bien con el rey.

— No, dijo Fresolina; lo que hay que pedir es cosa menos difícil, mi querida Regina, y tú serás quien pida esa cosa.

— ¿Cuál? habla.

— Es preciso pedir una audiencia al rey.

— ¿ Para quién?

— Para Domingo.

— ¿ Para qué día?

— Para hoy mismo.

— ¿ No hay más que eso?

— No. Al menos es todo cuanto él pide por ahora.

— Llama, hija mía, dijo Regina á Abeja.

Abeja llamó.

Después, volviéndose á su hermana, la preguntó:

— Dime, hermana mía, ¿ le matarán?

— Haremos todo lo posible para que no suceda semejante desgracia, dijo Regina.

En este momento entró Antoñita.

— Que enganchea al momento, dijo Regina, y avisa á mi padre que voy á las Tullerías para un negocio de gran importancia.

Antoñita salió.

— ¿ Y á quién vas á ver en las Tullerías? preguntó Mad. de Marandé.

— ¿ Á quién quieres que vaya á ver, sino á la excelente duquesa de Berry?

— ¡ Ah! vas á casa de Madama, dijo Abeja: quiero ir contigo. Mlle. me ha dicho que fuese todas las veces que tú ó papá fueseis á hacer la corte á Madama.

— Bueno, vente.

— ¡ Ay qué gusto, que me llevan!... exclamó Abeja.

— Querida niña, dijo Fresolina abrazándola.

— Sí, dijo, y en tanto que mi hermana dirá á Madama que es preciso que Domingo vea al rey, yo diré á Mlle. que conocemos á Domingo, y que es preciso que no hagan daño á su padre.

Las cuatro amigas lloraban al oír las sencillas y cándidas promesas de la niña, que sin saber todavía lo que era la vida, luchaba ya contra la muerte.

Antoñita entró, y anunció que el mariscal acababa de volver de las Tullerías, y que el carruaje esperaba en el patio.

— Vamos, dijo Regina: no perdamos un momento. Ven, Abeja, y no dejes de hacer lo que dices: esto te puede proporcionar alguna felicidad.

Después, mirando el reloj y dirigiéndose á sus tres amigas, añadió:

— Son las once: á mediodía estaré de vuelta con la concesión de la audiencia. Espérame, Fresolina.

Y Regina salió, dejando á sus tres amigas con plena confianza en su influencia, y más aún en la bondad bien conocida y probada con harta frecuencia de aquella cuya augusta protección iba á implorar.

CAPÍTULO III.

LA CUÁDRUPLE ALIANZA.

Ya hemos hallado una vez, si mal no recordamos, reunidas al pie del lecho de Carmelita á nuestras cuatro heroínas.

Ahora las volvemos á encontrar reunidas otra vez al pie del cadalso de Mr. Sarranti.

Hemos dicho también algo sobre su común educación.

Volvamos ahora á aquellos primeros años de su juventud, todo flores y aromas, y veamos el lazo que las unía.

Tenemos tiempo de hacer esta revista retrospectiva: Regina misma acababa de decir que no estaría de vuelta hasta el mediodía.

Este lazo era poderoso. Preciso era que así fuese para hacer de cuatro jóvenes tan diferentes en gustos, rango, posición, temperamento y carácter, un mismo gusto, un mismo carácter, una sola voluntad.

Todas cuatro, Regina, hija del general de Lamothé-Houdon, vivo todavía; Lydia, hija del coronel Laelos, muerto, como ha poco hemos sabido; Carmelita, hija del capitán Gervais, muerto en Champaubert en 1814; y Fresolina, hija del trompeta Ponroy, muerto en Waterloo en 1815; eran hijas de legionarios, y habían sido educadas en la imperial pensión de San Dionisio.

Por ahora, contestemos cuanto antes á una pregunta que los que no siguen la pista no dejarán de dirigirnos para ver si nó nos cogen en un renuncio.

¿Cómo Fresolina, la hija de un simple trompeta de caballería, y caballero de la Legión de honor, había sido admitida en San Dionisio, donde no eran educadas más que las hijas de los oficiales?

Vamos á explicarlo en pocas líneas.

En Waterloo, en el momento en que Napoleón, conociendo que la victoria se le escapaba de entre las manos, enviaba órdenes sobre órdenes á sus diferentes divisiones, tuvo necesidad de mandar una al general conde de Lobau, comandante de la guardia joven.

Miró á su alrededor. No había ningún ayudante de campo; todos habían marchado cruzando el campo de batalla en distintas direcciones.

Vió á un trompeta, y le llamó.

El trompeta se apresuró á acudir al llamamiento.

— Toma, le dijo, lleva esta orden al general conde de Lobau, y trata de llegar cuanto antes adonde se halla por el camino más corto. Es urgente.

El trompeta, dirigiendo una mirada al camino que tenía que andar, dijo moviendo la cabeza:

— Mucho calor hace en ese camino.

— ¿Tienes miedo?

— ¡Miedo!... ¡un caballero de la Legión de honor!...

— Pues bien, marcha: aquí está la orden.

— ¿Y si me matan, me concederá el emperador una gracia?

— Sí; habla pronto.

— Pues bien: deseo, si soy muerto, que mi hija Athenais Ponroy, que vive en París con su madre, calle de Amandiers, 17, sea educada en San Dionisio como hija de un oficial.

— Lo será, no tengas cuidado.

— ¡Viva el emperador! gritó el trompeta, y partió al galope.

Atravesó todo el frente de batalla, y llegó adonde estaba el general conde de Lobau.

Sólo que al llegar cayó del caballo, alargando al general el papel que contenía la orden del emperador.

En cuanto á pronunciar una palabra, fué cosa imposible.

Tenía una pierna rota, atravesado el vientre de un bala, y otro en el pecho.

Nadie volvió á oír hablar del trompeta Ponroy.

Pero el emperador no olvidó su promesa.

Al llegar á París, dió orden para que la niña Athenais Ponroy fuese llevada y recibida en San Dionisio.

Hé aquí cómo la humilde Athenais Ponroy, cuyo nombre de pila, un poco pretencioso, había sido cambiado por

Salvador en el de Fresolina; hé aquí, decimos, cómo la humilde Athenais Ponroy había sido educada en San Dionisio con las hijas de los coroneles y de los mariscales del Imperio.

Estas cuatro jóvenes, de condición y fortuna tan diversas, se unieron estrechamente por una confraternidad de corazón, que reuniéndolas desde la infancia, no debía separarlas más que con la muerte.

Ellas solas, por decirlo así, representaban toda la sociedad francesa, y se las hubiera tomado por la encarnación perfecta de la aristocracia, de la nobleza del imperio, de la clase media, y del pueblo.

Todas cuatro de la misma edad, con meses de diferencia, habían sentido, unas por otras, desde los primeros días de su estancia en el colegio, una viva simpatía, que no es común sientan en los colegios ó pensiones discípulas de tan diferente condición.

Entre estas cuatro niñas, el rango y la fortuna no tenían ninguna significación.

La hija del capitán Gervasio se llamaba Carmelita para Lydia; la hija del trompeta Ponroy se llamaba Athenais para Regina.

Ningún importuno recuerdo de la grandeza de unas ó de la humildad de las otras venía á turbar aquel puro afecto, que poco á poco se convirtió en íntima y profunda amistad.

El pesar infantil que podía afligir á cualquiera de ellas, hallaba eco en el corazón de las otras tres, y compartían sus pesares, compartían también su alegría, sus esperanzas, sus ilusiones, su vida en fin, porque en esta época la vida ¡qué más es que una ilusión, que un sueño!

Era la fraternidad, en la acepción lata de esta palabra,

la fraternidad acrecentándose, estrechándose cada día más en razón de los días, meses y años, y que durante el primero había adquirido tales proporciones, que la cuádruple alianza se había hecho proverbial en San Dionisio.

Pero el último día de esta vida común debía llegar.

La hora de la separación iba á sonar: algunos meses aún, y cada una al salir de San Dionisio iba á tomar diferente camino para volver á la casa paterna; una al arrabal de San Germán, otra al de San Honorato, ésta al de Santiago, y aquélla al de San Antonio.

Del mismo modo también iban á tomar cuatro sendas diferentes de la vida, y cada una de ellas iba á entrar en un mundo donde las otras tres no podrían hallarla más que accidentalmente.

Había pues concluído aquella encantadora intimidad, aquella dulce vida á cuatro en que ninguna había perdido ni ganado. Había concluído aquel cuádruple corazón, que latía hacia ya algunos años á impulso de unas mismas emociones.

Aquel sueño, comenzado por las cuatro á la vez, iba á ser continuado aisladamente por cada una de ellas. El pesar de la una sería ignorado por las otras. La vida del colegio había sido un dilatado y delicioso sueño. La vida real iba á empezar. Sin duda, la casualidad, ó más bien dejemos á esta cruel divinidad su verdadero nombre, la fortuna, sin duda, era quien las dispersaba con su soplo y las esparcía como flores á los cuatro vientos de la vida. Pero ellas resistirán valerosamente plegándose como los rosales, mas sin romperse.

Estrecháronse sus cuatro blancas manos, y se juraron solemnemente ayudarse mutuamente, socorrerse, amarse, en una palabra, como en el colegio, y esto hasta el último día de su vida.

Todas cuatro convinieron y formaron este tratado, cuya principal cláusula era que cada una debía acudir al llamamiento de la otra, á cualquier hora del día ó de la noche, en cualquier momento de la vida que aquel tuviera lugar, en cualquiera situación, buena ó mala, alegre ó triste, azarosa á desesperada; en fin, que cada una de ellas para las otras tres, ó éstas para aquélla, acudirían á su socorro.

Ya las hemos visto fieles á este contrato acudir al llamamiento de la moribunda Carmelita. Volveremos á encontrarlas no menos exactas en ocasiones no menos graves.

Hemos dicho cómo habían convenido en reunirse todos los años el miércoles de Ceniza en la misa de las doce en Nuestra Señora.

Durante los dos ó tres años que habían transcurrido desde su salida del colegio, Carmelita y Fresolina no habían vuelto á ver á sus amigas más que en esta cita anual.

Un año Fresolina había faltado. Si un día referimos su historia, diremos en qué ocasión y por qué.

Regina y Lydia se habían visto con más frecuencia.

Pero esta falta de trato entre las cuatro jóvenes había aumentado en vez de entibiar su amistad, y las cuatro apoyándose unas en otras, tal vez hubiesen obtenido para sus protegidos y admiradores lo que no hubiera podido obtener un congreso diplomático.

Y en efecto, colocadas las cuatro en las cuatro escalas ascendentes ó descendentes de la sociedad, tenían las llaves del edificio social todo entero: la corte, la aristocracia, el ejército, la ciencia, el clero, la Sorbona, la universidad, las academias, el pueblo, ¡qué sé yo!

Sus llaves se acomodaban á todas las cerraduras; abrían todas las puertas: ellas cuatro, ellas solas representaban el poder supremo, ilimitado, absoluto.

Sólo la muerte, como ya hemos visto, es contra la que nada podían.

Dotadas de las mismas virtudes, imbuidas en los mismos principios, penetradas de los mismos sentimientos, capaces de los mismos sacrificios, aptas para la misma abnegación, parecían haber nacido para el bien, y ya aisladas ó en conjunto, costara lo que costara, cada una, dada la ocasión, se esforzaba en cumplirlo.

Tendremos sin duda en la continuación de nuestra historia ocasión de verlas en lucha con pasiones de todas clases, y tal vez entonces veremos cómo pueden salir victoriosas de las más encarnizadas luchas las almas bien templadas.

Por ahora escuchemos.

Es que dan las doce: Regina no puede tardar.

Á las doce y algunos minutos se oyó el ruido de un carruaje que se acercaba.

Las tres jóvenes ¿de qué hablaban juntas entretanto?

Carmelita de seguro de la muerte de Colombán: las otras dos de los vivos tal vez.

Las tres jóvenes, al oír el ruido del carruaje, se levantaron.

Sus corazones latían unísonos. Pero ciertamente que el de Fresolina con mayor precipitación que el de las otras dos.

De pronto oyóse la voz de la pequeña Abeja, que venturoso mensajero, venía corriendo y gritando:

— ¡Ya estamos aquí!... ¡Ya estamos aquí!... Mi hermana Regina trae la audiencia.

Y así gritando entró en el invernadero.

En efecto, Regina venía detrás, sonriendo como una triunfadora.

Traía en la mano la esquila apetecida.

La audiencia estaba señalada para el mismo día á las dos y media.

No había pues minuto que perder.

Las jóvenes se abrazaron, renovando sus juramentos de amistad. Fresolina bajó velozmente, saltó al carruaje de Regina, que prometía llevarla con más rapidez que su humilde fiacre, y el blasonado coche, llevando á la encantadora joven hacia su sencilla morada, se detuvo en la puerta de la casa de la calle Macón.

Los dos hombres estaban en la ventana.

— ¡Ella es! dijeron al mismo tiempo.

— ¿En un carruaje con escudos? preguntó el fraile á Salvador.

— Si; pero esa no es ahora la cuestión. ¿Trae ó no trae la audiencia?

— Trae un papel en la mano, exclamó Domingo.

— Entonces todo va bien, dijo Salvador.

Domingo se lanzó hacia el recibimiento.

Fresolina oyó abrirse la puerta.

— Soy yo, gritó; y traigo la esquila.

— ¿Para qué día? preguntó Domingo.

— Para hoy á las dos y media.

— ¡Oh! exclamó Domingo: bendita seáis, querida joven.

— Y Dios sea alabado, padre mío, dijo Fresolina, poniendo respetuosamente en manos del fraile con sus pequeña y blanca mano la esquila de audiencia del rey.